

Sin mitos

Without Myths

Ferran Archilés
Universitat de València

¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?

Franco creyó dejarlo todo «atado y bien atado», pues con la aprobación de la LOE culminó treinta años de institucionalización del régimen, y tenía un sucesor en la Jefatura del Estado como garante. Además, contaba con el apoyo del ejército y una administración del Estado —policía, justicia, funcionarios— que garantizaba la continuidad. Aunque no ignoraba la creciente fuerza de la oposición, creyó que —incluso con el recurso a la represión más extrema cuando la juzgara ejemplar— no había peligro. Se equivocó, y no poco. Franco nunca, ni por acción, pensamiento, palabra u omisión pensó en un futuro democrático para España. Basta pensar en la organización territorial del Estado, con las autonomías y autogobiernos. Por críticos que podamos ser con su desarrollo (y debemos serlo) el sistema de descentralización y autonomías no era en absoluto nada que Franco hubiese deseado ni previsto.

La muerte de Franco no debería haber provocado, en principio, ningún cambio en profundidad, pues todo el engranaje debía rodar bien engrasado. Sin embargo, su fallecimiento sí que supuso un punto de inflexión. Si no en lo literalmente inmediato —el 21 de noviembre el sol siguió saliendo por el «Levante» (sic) español— el franquismo tras Franco no iba a ser como estaba previsto.

Franco murió en la cama. Pero el franquismo a no muy largo plazo, también.

¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?

Las transformaciones acumuladas desde los años sesenta en la estructura económica y social fueron un marco decisivo. Pero por sí solas no hubiesen implicado un cambio. Hay que añadir transformaciones demográficas —gente nacida ya en la posguerra— y sobre todo culturales. La difusión de nue-

vas pautas de consumo, por una parte, y el clima de cambio ideológico de los sesenta y setenta eran transnacionales. La sensación de retraso en perspectiva comparada europea y a la vez el acceso a parte de esas nuevas formas culturales —el turismo, la música o el mundo editorial— contribuyó a generar una imagen del régimen como algo caduco. Al menos para parte de la sociedad, las costuras del régimen parecían quedarse estrechas: el Frente de Juventudes o la OSE, por ejemplo, parecían crecientemente carcasas vacías de sentido. Los cambios y adaptaciones del régimen fueron siempre por detrás de la sociedad.

El movimiento obrero fue netamente una de las puntas de lanza de una sociedad en cambio —junto con los estudiantes y el movimiento vecinal. En una economía y estructura social en que la dimensión de clase era una fuente de identidad social, si actuaba organizadamente le convertía —como en toda Europa— en el actor social más capacitado. Dado que la estructura represiva de la dictadura seguía intacta, sus acciones resultaron efectivas porque en buena parte de la sociedad se consideraban justas.

La democracia en España implicaba necesariamente acabar con el modelo centralista y la inflación nacionalista de la dictadura. La dictadura era un régimen nacionalista excluyente por definición. Democratizar el país significaba transformar el sistema de organización territorial, liquidarlo. Pero el régimen estaba mal preparado para hacer frente a ninguna evolución en este sentido. Si bien había debatido largamente sobre una posible reorganización «regional» (como sucedió con los Planes de desarrollo) de carácter tecnocrático, la dictadura sentía pánico —y la palabra no es una exageración— a dar cualquier paso que animara los regionalismos «mal entendidos». Pero el caso era que los regionalismos mal entendidos estaban convirtiéndose de hecho en elementos de-

cisivos en ámbitos universitarios y en el mundo de la cultura. La fuerza del nacionalismo especialmente en Cataluña —un territorio visto como faro para el antifranquismo además del motor económico del país— tuvo una capacidad de organización que irradió al conjunto de las fuerzas antifranquistas. Partidos como el PSUC jugaron un papel decisivo a la hora de conjugar catalanismo y antifranquismo. Por otra parte, fenómenos como el de la *Nova Cançó*, elaboraron un imaginario alternativo y plural de un alcance insospechado fuera del ámbito de la lengua catalana. Raimon, Lluís Llach o Maria del Mar Bonet fueron símbolos del antifranquismo en toda España. Y no era solo Catalunya, pues diversos movimientos nacionalistas (culturales o políticos) se fueron extendiendo en ámbitos culturales y asociativos muy diversos, de Aragón a Galicia, de Valencia a Asturias. En el País Vasco, la presencia de la lucha armada y el terrorismo actuaron, sin embargo, en un sentido doble o ambivalente. El ejemplo de la lucha armada no fue seguido en otros territorios más que de manera puntual. Pero la robustez del nacionalismo vasco al margen de ETA, garantizó su presencia como un elemento poco dispuesto al compromiso con el franquismo.

Durante los años setenta muchos países de nuestro entorno emprendieron procesos de descentralización (como Italia o Reino Unido) o se estructuraron en un sentido federal (Bélgica). Francia lo haría pocos años después. A pesar de la situación española, el proceso de descentralización tuvo rasgos comunes con lo que estaba sucediendo en Europa Occidental. El debate sobre el modelo territorial fue el más complejo en la redacción de la Constitución. La oposición abandonó la apuesta abiertamente federal, pero si la UCD y AP se apuntaron este tanto tuvieron que ceder mucho más de lo que inicialmente habían pensado (que en algún caso se limitaba a no haber pensado nada).



Maria del Mar Bonet en Viladecans, 1975 (Archivo de la Transición).

En el fondo el modelo de la España autonómica, aunque insuficiente y contradictorio, liquidaba el modelo franquista de organización territorial. Fue la capacidad de presión de los nacionalismos periféricos la que lo consiguió. Ningún Estado centralista se suicida si no está obligado a ello.

Otra cosa es que España siga siendo aun hoy un país «centralista» culturalmente y donde la presencia de la diversidad (por ejemplo, lingüística) en la esfera pública es limitadísima. La sospecha ante la diversidad es un legado del franquismo que la democracia no ha sabido —querido— resolver.

¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?

Que la dictadura no acabara a manos de un proceso revolucionario (al menos a la manera portuguesa) parecía lo más proba-

ble, una vez constatadas la correlación de fuerzas entre los resortes del Estado —que estaban intactos— y la oposición o una movilización parcial de la sociedad civil. Además, estaba el contexto europeo e internacional, aun en guerra fría ¡En un país como Italia, por ejemplo, todo giraba en torno a impedir el acceso del PCI al gobierno! Una evolución hacia una ruptura de mayor fuerza simbólica o con mayor rapidez en los cambios podría haber sido una opción, pero igualmente poco probable. Las fuerzas políticas, sindicales y los distintos movimientos sociales tuvieron una capacidad de presión incuestionable, pero solo de presión. Confundir los deseos con las realidades no es buena idea. Lo que no significa que no faltara en ocasiones algo más de valentía y sobrara un exceso de pragmatismo (que apuntaba a la apuesta por un futuro burocratizado y profesionalizado para las fuerzas políticas, sobre todo).

Un ejemplo clave es el mantenimiento de la monarquía. El republicanismo histó-

rico había desaparecido y la Monarquía en un marco constitucional significaba situarla en un ámbito simbólico pero con consecuencias políticas finalmente limitadas. Una actitud de firmeza republicana ¿habría implicado una posibilidad de éxito o habría puesto en peligro el proceso de transformación en su conjunto? No se puede descartar que una mayor presión no hubiese supuesto una involución de consecuencias téticas. El Ejército español en 1975 no era un tigre de papel.

La ausencia de una depuración del personal administrativo del Estado ha sido un elemento clave que ha marcado toda la historia reciente del país. Incluso cuando las leyes cambiaban los ejecutores y gestores eran los mismos de antes. Pero si pensamos en los procesos tras el fin de las dictaduras o la guerra en Italia, Alemania o Francia, creo que convendría no mitificar en exceso lo que allá sucedió: exoneraciones y amnistías supusieron apenas diez años después del fin de la guerra una suerte de punto final. ¡En la RFA un antiguo nazi acabó de presidente de la República! Por no hablar del escaso alcance de «depuración» de responsabilidades del conjunto de las sociedades nacionales respectivas y sus «colaboraciones» con las dictaduras (incluso Palmiro Togliatti se mostró tibio, siendo ministro de Justicia). ¿Acaso las políticas de memoria «antifascistas» de Italia o Alemania han impedido el auge de la extrema derecha?

En mi opinión, el concepto de «régimen del 78» es equívoco en términos de análisis histórico, aunque sí es útil para generar debate. El sistema político español posterior al 77 se ha ido pareciendo mucho al de nuestro entorno, qué se le va a hacer. Si lo que se quiere apuntar es que en 1977 o 1978 no hubo una revolución, en efecto, no la hubo (una transición a la democracia no es un cambio en la estructura económica... lamentablemente). Pero más que en 1977 y 1978 lo

que hay que cuestionar es qué se hizo después, cuando la situación permitía cambios de mayor profundidad sin tantas cortapisas. ¿Qué hizo el PSOE en 1982... y después?

¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?

Antes que nada hay que recordar cuál era la visión o las aspiraciones que en la sociedad española había hacia 1977 sobre el pasado de la guerra civil o la «memoria». Exagerando podríamos decir que una cierta idea de olvido (que no supone perdón, sin embargo) tal vez era hegemónica (lo que explicaría la postura del PCE por ejemplo). ¿O se creyó que no era urgente y aun contraproducente? Aunque para determinados sectores no era así, la situación en los años setenta era diferente a la de treinta años después, cuando aquellos «olvidos» han pasado a ser insostenibles.

El mito más persistente ha sido el del carácter modélico (y/o pacífico) de la Transición, así como el del «consenso» como bálsamo. Creo que el consenso fue el resultado de un equilibrio desigual de fuerzas, lo que no significa que no fuera una herramienta para avanzar aunque al coste de dejar fuera muchas cosas. Además, la mitificación de las «élites», y en especial del carácter preclaro del Rey, es simplemente innecesaria. No fueron magos ni pilotos, fueron políticos que trataron de liderar, pero también minimizar las aspiraciones de la sociedad civil.

Frente al lamento de que no hubo un cambio revolucionario se ha levantado simétricamente el mito de que la transición fue una balsa de aceite. La violencia fue un elemento constante (aunque por cierto la mayoría de la violencia la protagonizaron los que querían acabar con la transición, no sus defensores). Pero además la voluntad de

«normalizar» la situación española a toda velocidad supuso descabezar la sociedad civil, y eso no tiene nada de modélico. Por otra parte, bajo la cantilena de la «modernización» del país que el PSOE explotó *ad nauseam*, se ampararon políticas de desindustrialización, el ingreso en la OTAN, etc.

¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?

Sin duda. Es absolutamente necesario ofrecer un conocimiento de la complejidad del proceso de transición democrática y que incorpore la diversidad de los asuntos

en liza: la cuestión nacional como los movimientos LGTBI, la violencia política y estatal como el papel oscuro del ejército y los aparatos del Estado. Pero creo que la clave no está (solo) en la escuela. La escuela es decisiva, pero solo una parte de la vida social de los jóvenes y ni siquiera la más importante. El papel socializador de las familias en materia de «memoria» es más decisivo. Es necesaria una difusión social masiva (en los medios, el ámbito de la cultura) de contenidos que poco a poco pueda contribuir a una visión mucho más crítica. Las redes sociales son el medio a través del cual la mayoría de los jóvenes se informa. Esto no invita al optimismo.